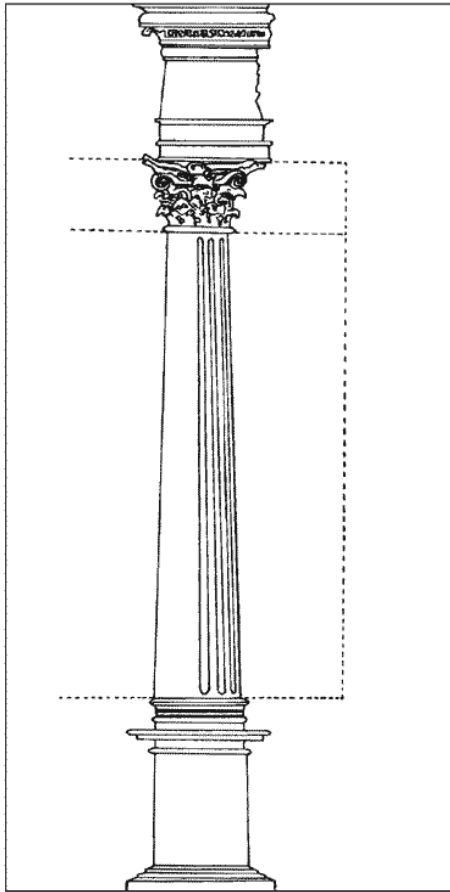


INVESTIGACIÓN Y UNIVERSIDAD, COMBINACIÓN INDISOLUBLE

Miguel Alonso*



El tema es recurrente: ¿es importante hacer investigación en la universidad, la de Los Andes o cualquiera otra institución que lleve ese calificativo?.

Hablar de investigación en la universidad es algo así como acentuar la importancia del agua en la navegación. Ambas andan indisolublemente asociadas. Esto se entiende si practicamos el concepto básico de la universidad moderna: una universidad es una institución en la cual una generación aprende de su predecesora lo que es el orbe, el mundo y su enorme multiplicidad de temas. Pero la generación

que enseña y la que aprende están divididas por el foso de la evolución en cuanto a que los profesores crecieron, aprendieron y se desarrollaron en un mundo que es distinto al que enfrentarán los jóvenes en su vida.

Los profesores de hoy en su mayoría estudiaron entre los decenios 60 y 70, cuando el escenario, tanto en Venezuela como en el resto del mundo era muy distinto. No se hablaba de crisis social y económica, aunque la había, en la medida en que hablamos hoy porque todavía existía liderazgo y credibilidad, no había habido guerra de Bosnia ni fundamentalismo islámico militante, el Muro de Berlín estaba en pie, el bien y el mal se definían políticamente con claridad entre capitalismo y comunismo, según el punto de vista, Nikita Krustchev daba zapatazos en el podio de la Asamblea General de las Naciones Unidas, se tenía un claro sentido de futuro, había grandes oportunidades de progreso personal, nuestro país tenía 30% más de superficie boscosa que hoy, las drogas eran cosas sólo de los bajos fondos, se hablaba insistentemente de la Gran Venezuela, el FMI no aparecía en nuestros horizontes; en una palabra: había abundancia.

Pero el mundo de nuestros estudiantes será bastante más confuso, mucho más competido, tendrá 2000 millones de habitantes más, bien y mal serán mucho más difíciles de disociar con la violencia social y militar generalizada, ocurrirá la micrometeorización de los conflictos, se distorsionarán las sociedades tal como las conocemos hoy por el nacionalismo, el narcotráfico, la represión, el neoliberalismo

económico y el colapso ecológico; en una palabra: habrá escasez.

De este modo, la generación actual de profesores, si se limitara a enseñar lo que los textos indican, como la mayoría de nuestros docentes hacen, estarán preparando muy mal a esos estudiantes a enfrentar ese futuro tan difícil. A los jóvenes les hacen falta ahora más que nunca otras herramientas distintas a las que se derivan del puro ejercicio cognoscitivo que les da aquí la mayoría profesoral. A los jóvenes les hace falta nuevas herramientas para flexibilizar su pensamiento, agudeza para entender con rapidez, capacidad de exploración de lo desconocido, habilidad para correlacionar hechos e ideas aparentemente disociadas, capacidad para resolver problemas, capacidad para desarrollar criterios sólidos, habilidad para adaptarse a nuevas situaciones. Y el mecanismo para ello ya existe hace mucho tiempo, es la investigación.

Pero nuestra universidad venezolana está mal preparada para enfrentar ese reto. Si bien es cierto que, gracias al esfuerzo y la imposición del criterio de algunos individuos de mente preclara en nuestro medio se ha hecho que se dediquen ingentes recursos para la investigación universitaria, a pesar de que existen cedecehaches en todas las universidades nacionales, y que ciertamente han facilitado la administración de los dineros que se necesitan, por otro lado la estructura administrativa y reglamentaria universitaria, obligada a someterse a un monstruoso aparato burocrático por la desconfianza inveterada del Gobierno y las leyes en el ciudadano, con frecuencia se opone al ejercicio, ya de por sí difícil, del investigador.

Además, los estatutos del personal Docente e Investigador apenas obligan al acto investigativo a sus profesores, pues lo

limitan a un trabajo de ascenso cada cierto tiempo como requisito para ascender a una categoría siguiente. Así que, obedeciendo al precepto jurídico establecido, la mayoría de nuestros profesores se dedican a la investigación con el trabajo de ascenso como único objetivo. Una vez cumplida su presentación y aprobación se olvidan por completo de la investigación hasta que la necesidad de ascender, años más tarde, les obliga de nuevo a acercarse al laboratorio.

Por eso no sorprende que haya tantos profesores ante quienes el investigador dedicado a su laboratorio y a sus tesis en forma permanente se convierta en personaje sospechoso. Aquí sobran los enemigos de la investigación que se envisten de paladines defensores de la docencia, como si la investigación se opusiera a ésta en vez de auparla, darle calidad, y de ser su mejor herramienta para hacer de nuestros estudiantes verdaderos profesionales de utilidad a la sociedad y no repetidores de largos caletres bibliográficos.

El mal entre nosotros tiene raíces profundas que se enmarcan en los inicios de nuestra turbulenta historia republicana. En aquel tiempo, al contrario de otros países suramericanos de la época, se destruyeron hasta los cimientos la estructura social y económica colonial. Si bien esto trajo beneficios indudables, quedaron vicios execrables como un acentuado racismo, el pillaje como *modus vivendi* y un desorden generalizado causado por el dominio de las hordas ex-bovesianas en el territorio, y el retroceso de la cultura en todos los órdenes.

Hubo de esperarse hasta pasada la Guerra Federal para que, con la era guzmancista se volviera a intentar reconstruir al país sobre bases firmes, que incluyeron la educación compulsiva de las masas, el refinamiento de las costumbres, el rescate de

las bibliotecas y de la Universidad Central, y los primeros pasos para abrir, aunque tímidamente, las rutas de la investigación científica.

Pero ésta quedó en estado larvario hasta la mitad del presente siglo, y es sólo desde entonces que ha venido avanzando, con grandes tropiezos, dentro de una sociedad que no la sabe apreciar porque esa sociedad lo compra todo en el exterior, que extrae todas sus soluciones técnicas de fuera a cambio de dinero petrolero, y que por consiguiente no ha sentido todavía directamente la necesidad de investigar para progresar.

Pero esto habrá de cambiar en lo sucesivo. Hoy el mundo se va haciendo más global que nunca antes, nuestros jóvenes tendrán que vérselas con gente de otros países que vendrán aquí a explotar nuestras riquezas, y que pondrán en práctica sus conocimientos y sus habilidades aprendidas en los laboratorios de investigación de sus universidades foráneas. Los venezolanos tendremos que ponernos a la misma altura si no queremos seguir haciendo el papel de indígenas explotados, tendremos que aprender a diseñar nuestras propias soluciones, pues comprarlas a otros será cada vez más caro, más difícil, y más comprometido de cara al bienestar de nuestros hijos.

¿Cómo lograrlo?, enseñando a nuestros estudiantes a investigar, observando, registrando, midiendo, creando, haciendo todo aquello que convierte a un individuo de talento en un buen investigador. ¿Y qué debe hacer la universidad?. Exigir de sus profesores que se hagan investigadores permanentes y no ocasionales, que vean en la investigación un modo de vida, una forma de apreciar el universo y el conocimiento, una aventura más del pensamiento, un acto

tan natural como preparar una clase o asesorar una duda del estudiante. Y esto se logra con una combinación de obligaciones estatutarias, evaluaciones permanentes no confinadas al momento de ascenso, y a una combinación de incentivos estructurales como recursos abundantes, administración fluida de éstos, reconocimiento del trabajo bien hecho, políticas firmes y duraderas, no cambiantes con cada período rectoral, infraestructura, y contenidos curriculares no tan cargados en teoría sino en el aprendizaje por la práctica.

El andamiaje sindicalero que existe en la universidad venezolana se opondrá seguramente a estas directrices, porque en él medra la más terrible mediocridad que se refugia justamente en el grupo como las manadas de mamíferos africanos que protegen así a sus individuos más débiles. Débiles que no se atreven a enfrentar el acto creativo propio del investigador y con ello niegan su propia naturaleza de profesor universitario. Pero con esa actitud que hoy los protege, sólo conseguirán que sus propios hijos universitarios sean más ineptos para enfrentar su futuro, y con ello lleven en compañía de la propia, la ruina final a todo nuestro estropeado país.

*** Miguel Alonso**
Facultad de Ciencias - ULA